

de trabajos coetáneos, como la *Topografía del departamento destinado para las mugeres en el Real Hospicio de Barcelona, y epidemias observadas en él en 1787 y 1794, por el Doctor D. Francisco Salvá*, publicada el año 1798 dentro de las Memorias de la Academia de Medicina de Barcelona.

En conclusión, un trabajo imprescindible que era necesario en nuestra historiografía. El esfuerzo metodológico y conceptual, el análisis y la interpretación de las fuentes que ha llevado a cabo Montserrat Carbonell y ha plasmado en este libro bien merece una lectura atenta y abierta a la comparación necesaria que, con seguridad, estimularán sus múltiples invitaciones a la investigación.

ALFONS ZARZOSO

Miguel Ángel PUIG-SAMPER; Francisco PELAYO. *El viaje del astrónomo y naturalista Louis Feuillée a las Islas Canarias (1724). Seguido de la transcripción y traducción del manuscrito «Historia antigua y moderna de las Islas Canarias», redactado por Louis de Feuillée* (Prólogo de Arnaldo Santos Guerra), La Laguna, Centro de Cultura Popular Canaria [Colección Taller de Historia, nº 21], 1997, 207 pp. ISBN: 84-7926-253-2.

En su libro *Los grandes navegantes del siglo XVIII*, Julio Verne dedicó un buen espacio del mismo a lo que ha venido en llamarse posteriormente, con muy buen tino, la «guerra de los relojes» desatada en Santa Cruz de Tenerife en la segunda mitad del siglo XVIII. El prolífico escritor francés explicaba el motivo de la siguiente forma: «Desde hacía tiempo los científicos intentaban aclarar un punto que consideraban capital para el conocimiento de la geografía de la Tierra. Se trataba de precisar la situación exacta de cualquier lugar del mundo. Para determinar la posición de un punto en el globo, es preciso obtener la latitud, es decir, su distancia desde el Ecuador hasta el Polo Norte o hasta el Polo Sur, y después su longitud, o en otros términos, su distancia hacia el Este o hacia el Oeste de algún meridiano... si se conoce la hora de a bordo, es decir, la hora verdadera que se debe de contar por el meridiano del buque en el instante de una observación cualquiera, y si al mismo tiempo se sabe la hora del puerto de donde se ha salido o la de un meridiano conocido, la diferencia de las horas dará evidentemente la de los meridianos, a razón de 15° por hora o de 1° por cuatro minutos de tiempo. Para esto era preciso tener

un cronómetro o un reloj que conservara un isocronismo perfecto a pesar del estado del mar y las diferencias de temperatura...».

En la citada obra de Julio Verne, éste mostró su interés por reseñar algunas expediciones científicas y comerciales europeas que, por tener que hacer escala en las islas Canarias, aprovechaban su estancia para probar la exactitud de sus relojes astronómicos —de lo que se derivó la mencionada «guerra de los relojes»—, así como para calibrar aprovechando la altitud del pico del Teide otros instrumentos de utilidad náutica más diversa. En su libro *Las islas Canarias, escala científica en el Atlántico*, el historiador canario Alfredo Herrera Piqué ha señalado con notable precisión, y con exquisito rigor histórico, las más importantes expediciones científicas realizadas durante el siglo XVIII en el archipiélago canario. A Herrera Piqué le cabe el honor de haber descubierto y esclarecido, por primera vez para la historiografía canaria, el manuscrito del viaje de Louis Feuillée, hasta hoy depositado en la Biblioteca Central del Museo Nacional de Historia Natural de París.

El viaje que este religioso, matemático y naturalista francés realizó a las islas de Tenerife y el Hierro en el año 1724, sucedió por encargo de la Academia de Ciencias de París. Tenía éste como finalidad, la exacta determinación geográfica de la isla de El Hierro, referencia imprescindible para fijar en un lugar de ella el meridiano cero, y por tanto la diferencia de longitud entre éste y el Observatorio de París.

Diez años después de la publicación del trabajo de Herrera Piqué, otros dos historiadores han recogido y traído a la luz el testigo del manuscrito original de Feuillée. La interesante edición de Miguel Angel Puig-Samper y Francisco Pelayo se presenta hoy con la reproducción del texto original y unos deliciosos grabados hechos por el propio Feuillée, acompañados por una cuidada traducción de la crónica de su viaje, con una introducción y un estudio crítico de la misma, además de valiosas notas que nos ayudan a comprender la trascendencia de la misión de Feuillée.

El asunto no fue baladí, como se encargan de señalar Puig-Samper y Pelayo. Ya en el año 1634, a instancia del cardenal Richelieu, el monarca francés Luis XIII decretó una ordenanza por la que pretendía conseguir un área de seguridad en la navegación al oriente del primer meridiano y al norte del trópico de Cáncer. El monarca había recibido las quejas de los principales comerciantes franceses sobre los ataques y apresamientos de sus barcos por parte de españoles y portugueses, entonces bajo la misma corona, a la vuelta de sus viajes a las Indias. Lo cual, según su interpretación vulneraba los acuerdos internacionales por los que sólo podían abrirse hostilidades al oeste del primer meridiano y al sur del trópico de Cáncer.

Los viajes y expediciones de científicos durante el siglo XVIII han tenido, por otra parte, un valor añadido de carácter político y comercial. Aunque los navegantes portugueses y españoles reconocieron anteriormente, durante más de dos siglos, muchos archipiélagos de Oceanía, el conocimiento que se tuvo hasta entonces de las regiones ultramarinas fue tan poco exacto como incompleto. La cartografía secreta, inexistente ya sobre los mares de Europa desde la publicación del *Neptuno francés*, iniciada por orden de Luis XIV, fue totalmente desterrada en 1745 al publicarse el *Neptuno oriental*, que señalaba el itinerario exacto del mar de las Indias. Los gobiernos europeos se hicieron editores de mapas, con el fin también de que el monopolio de la publicación cartográfica e hidrográfica no quedara en manos de comerciantes privados y compañías privilegiadas.

Aunque Luis XIII ordenara a los geógrafos fijar en sus «globos y cartas el dicho primer meridiano en la isla de El Hierro y contar desde allí el primer grado de las longitudes en dirección al oriente, sin pararse en las nuevas intenciones de aquellos que por ignorancia y sin fundamento lo han situado en las Azores», el asunto se resolvió de manera curiosa con el transcurso del tiempo. Tras dos reuniones internacionales llevadas a cabo en los años 1875 y 1878, en la Conferencia Internacional de la Hora celebrada en Washington en 1883 se fijó entonces como meridiano cero el del Observatorio inglés de Greenwich. Los franceses no lo adoptaron de inmediato pues sus cartas y mapas lo fijaban desde hacía más de un siglo en la punta de Orchilla, situada en la isla de El Hierro. España adoptó en el año 1900 el de Greenwich como meridiano cero. El 12 de febrero de 1922 la *Gaceta de Madrid* disponía que los servicios oficiales y de transportes de las islas Canarias regularan su hora de acuerdo con su posición geográfica, en el huso horario veintitrés, o sea con una hora de retraso en relación con la de la península y las islas Baleares. Pese a los antecedentes del asunto, y según se informó desde diversos centros oficiales, existía en el archipiélago canario «una gran confusión con el régimen horario, por ser distintas las horas que se observaban, aun entre las mismas islas».

Volviendo al manuscrito de Feuillée, hagamos referencia a otros datos de interés verdaderamente histórico. El astrónomo francés enunciaba al principio de la crónica de su viaje, que en éste había seguido el mismo método del que se sirvió en los anteriores —Feuillée había viajado desde 1699 como perito hidrográfico y naturalista en misiones oficiales por el Mediterráneo, el oriente de América del Sur y las Antillas—. Tras haberse ocupado durante el tiempo necesario de las observaciones astronómicas —afirma el propio Feuillée—, el resto lo dedicó a la historia natural y a informarse del estado de estas islas y

sus primeros habitantes. Pues «en los viajes se debe intentar sacar el máximo provecho, tal como yo —dice él mismo— he hecho en el mío a las Islas Canarias».

En la correspondencia de Isaac Newton —publicada por H. W. Turnbull— el físico británico escribía ya en el año 1699 a su amigo J. Aston, próximo a hacer un viaje de estudios a Hungría: «1.º.— Observa la política, la riqueza, las actividades del estado en los países visitados en la medida que esté al alcance de un viajero solitario. 2.º.— Las imposiciones sobre toda clase de actividades productivas o de bienes que sean notables. 3.º.— Sus leyes y constumbres, y lo distintas que son de las nuestras. 4.º.— Sus oficios y sus artes, en la medida en que destacan o son inferiores a las de Inglaterra».

En este espacio es donde la relación de la estancia de Feuillée a las islas Canarias cobra una dimensión y un sentido más amplio. Tras las anteriores crónicas de Torriani (hacia 1590), Scory (1626) y Edens (1715), la de Feuillée fue la primera que se sometió a modernos y utilitarios criterios, característicos ya de la Europa del siglo de las luces. Feuillée inauguró con la suya una incesante serie de crónicas de viajeros e ilustres científicos extranjeros —Glas, Claret de Fleurieu, Masson, La Pérouse, Humboldt, Broussonet, von Buch, Berthelot, Darwin, Haeckel, etc.— que hasta el momento presente han aportado a la historiografía canaria unas fuentes inagotables para el estudio de su pasado. Las crónicas de los viajeros y científicos extranjeros en el archipiélago canario están siendo actualmente objeto de publicación, gracias a la admirable labor de estudiosos como J. A. Delgado Luis, e historiadores y editores locales. Puig-Samper y Pelayo han sumado con su trabajo algo más que un título nuevo a la colección, ya ancha y rica, de crónicas de extranjeros en las islas. Gracias a su labor el manuscrito de Feuillée está hoy a disposición de la comunidad científica de habla hispana.

FERNANDO DE ORY AJAMIL

Francisco PELAYO. *Del diluvio al megaterio. Los orígenes de la paleontología en España*, Madrid, CSIC [Cuadernos Galileo de Historia de la Ciencia nº 16], 1996, 310 pp. ISBN: 84-00-07624-9.

Es bien conocida por los especialistas la labor de Francisco Pelayo, investigador del CSIC, en el estudio histórico de la paleontología española, en la que se encuadra la obra que presentamos. En ella, nos ofrece una apretada y equilibrada síntesis sobre la evolución de la paleontología en España hasta el siglo XVIII, que ha articulado a través de la transición del modelo explicativo